

Elogio de la lucidez, elogio de las sombras: Giovanni Macchia tiene un siglo*

* Publicado en el suplemento *Laberinto* del periódico *Milenio Diario*, número 494, 1 de diciembre de 2012.

Héctor Orestes Aguilar

El escritor italiano Giovanni Macchia (1912-2001) dejó un legado prodigioso, más de 60 libros de su autoría, entre estudios, ensayos, semblanzas, compilaciones, “escenarios” y extensos prólogos, amén de traducciones, adaptaciones teatrales y obras en coautoría (como La cámara de tortura, escrita con Luigi Pirandello). En ocasión de su centenario natal, las siguientes líneas dan cuenta de su importancia como uno de los grandes críticos del siglo XX.

Es en verdad admirable que una obra de la erudición y exigencia como la de Giovanni Macchia llegue hasta el segundo decenio de nuestro siglo conservando la plenitud y la capacidad de interpelación desplegada en sus libros. Su pensamiento crítico y su expresividad prosística no sólo no han envejecido sino han ganado en corpulencia y calado. Una verdadera desgracia es constatar sus esporádicas traducciones a nuestra lengua y que en pleno 2012, año de su centenario natal, sea en el entorno cultural del español sólo una referencia para iniciados, un escritor para escritores, algunos traductores, unos cuantos críticos.

De todas las tareas emprendidas y cumplidas por Macchia, la más agradecible por los ultramodernos, al menos desde nuestra parte de Occidente, es la de habernos mostrado página a página la función civilizatoria de la cultura literaria: si compartimos valores universales en una misma época con lectores de otras latitudes es porque tenemos o deberíamos tener los mismos cánones y los

mismos instrumentos para descifrarlos y servirnos de ellos. El caso de Macchia con relación a la literatura francesa es un paradigma, pues no sólo hizo accesible al lector italiano de a pie un conjunto de autores y obras que hasta mediados del siglo pasado habían sido patrimonio académico (los moralistas clásicos, por ejemplo), sino que ensayó de manera única sobre escritores de los que aparentemente estaba dicho todo, como Molière, Stendhal y, en otra medida, Baudelaire.

Macchia se desmarcó de la erudición profesoral y críptica que imperó en su país hasta la segunda posguerra y contribuyó, con Mario Praz, Emilio Cecchi y el poeta Sergio Solmi, a darle al ensayo literario una estatura creativa formidable que ganó multitudes de lectores para la gran literatura y atentos comentaristas de primer nivel. Desde su primer gran libro, *Baudelaire crítico* (1939), que fue reseñado por Tommaso Landolfi en el semanario romano *Omnibus* y por Georges Blin en la *Nouvelle Revue Française*, Macchia contó con fieles seguidores de sus escritos. La lista de los más asiduos y notables es sintomática de la influencia que la obra macchiana tendría durante más de cuarenta años y al menos tres distintas generaciones: Eugenio Montale, Pietro Citati, Leonardo Sciascia, Oreste del Buono, Enzo Siciliano, Vincenzo Consolo, Guido Piovene, Mario Bortolotti, Carlo Bo, Angelo Maria Ripellino, Elena Croce, Indro Montanelli, Mario Luzi, Umberto Eco, Valerio Magrelli... toda la sociedad literaria italiana lo consideró, casi de manera unánime, un maestro, y eso por supuesto tuvo resonancias entre el gran público y las escenas literarias internacionales. Es comprensible que haya sido el

primer escritor no francés en haber recibido el codiciado Premio Médicis de ensayo, en 1988, por su célebre *Las ruinas de París* (Versal, 1990).

Me resulta imposible escoger uno solo de los títulos del repertorio macchiano como modelo ineludible para mejor comprender su estilo, sus alcances y contribuciones. No obstante, en *Elogio de la luz. Encuentro de las artes. (Elogio della luce. Incontri fra le arti*, Adelphi, 1990) puede encontrarse una antología muy ilustrativa de su plan maestro: fusionar la crítica teatral, musical, literaria y de las artes visuales para desarrollar “escenarios”, pero no en el sentido que la reciente ciencia política le ha dado al término, sino en el de un cuadro narrativo de gran formato, un fresco sobre el cual el crítico procede, en primera instancia, de manera impresionista, para luego adentrarse en sus cavidades históricas y culturales. Casos memorables son sus ensayos sobre Watteau incluidos en ese volumen (“L’isola di Watteau”, “Diderot contro Watteau”). Macchia ve, recuerda, asocia, compara, documenta y de una manera sutil, nunca pedante ni grandilocuente, *ilumina* las articulaciones entre las artes. Para el lector es un momento mágico, porque la visibilidad no es total: es un punto en medio de la penumbra. “No quiero abolir las sombras –escribió el crítico, al explicar sus propósitos y su método–, sino afirmar, también estilísticamente, el deseo de claridad”.

Debo confesar que, acercándome a los 50, tengo a otra de las compilaciones de Giovanni Macchia como una lectura que me acompaña con frecuencia: *Scrittori al tramonto. Saggi e frammenti autobiografici (Escritores en el ocaso. Ensayos y fragmentos autobiográficos*, Adelphi, 1999), galería de clásicos que, asomándose a la senectud, compusieron sus obras más audaces o

impetuosas. Me gustan las semblanzas allí incluidas de Balzac, de Stendhal, de Anatole France, pero sobre todo la de Hippolyte Taine, quien ya muy cerca de la muerte se pone a escribir su obra maestra, *El origen de la Francia contemporánea*. No tengo ninguna duda: quien quiera conocer bien la literatura francesa y eventualmente dedicarse a su estudio, que mejor primero aprenda italiano y curse de principio a fin a Giovanni Macchia. Se enseñará a leer con placer, curiosidad intelectual y la pasión necesaria para contagiarse de la crítica.